

T. Adorno: en torno a la crítica del saber y la cultura

*¿Quis custodiet ipsos custodes?
Watchmen, Alan Moore*

Carlos Alberto Gutiérrez Torres¹

Durante el siglo XX, en la sociedad occidental capitalista, se fue construyendo un entretejido social hacia la homogenización cultural, cuya consecuencia ha sido la creciente mercantilización del saber y la cultura. En torno a este hecho, en la segunda década del siglo pasado surge en Alemania la Escuela de Frankfurt formada por varias corrientes intelectuales (neomarxismo, psicoanálisis, fenomenología), institución pionera en hacer una crítica profunda al naciente fenómeno de la cultura y al saber como mercancías. Al respecto destacan las reflexiones de uno de sus fundadores y principales integrantes que es Theodor Adorno, para quien resulta insoportable que el sujeto independiente y reflexivo sea desplazado por un individuo ofuscado por completo de la razón y la crítica, al punto de que la conciencia individual pasa a ser una conciencia colectiva etiquetada de “normalidad”; donde el sujeto que no se somete es descartado socialmente.

La cuestión que llevó a Adorno y Horkheimer a plantear sus reflexiones es: *¿por qué la humanidad, en lugar de entrar en un estado verdaderamente humano, desembocó en un nuevo género de barbarie?* (Horkheimer & Adorno, 1969: 1). La respuesta a tal interrogante radica en la tradición científica del siglo XX, la ciencia se ha sesgado al utilitarismo, hacia un exacerbado pragmatismo material y tecnológico, olvidando las repercusiones de su aplicación y las consecuencias para la vida humana.

1. Licenciado en Pedagogía, Maestrante en Docencia en Ciencias Sociales. Actualmente docente en las áreas de Pedagogía y Psicología educativa en el Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación. Correo: cagt_90@hotmail.com

El efecto de tan voraz pragmatismo científico ha sido la autodestrucción de la humanidad, porque “*el pensamiento ciegamente pragmatizado pierde su carácter de superación y conservación a la vez, y por lo tanto también su relación con la verdad*” (Horkheimer & Adorno, 1969, pág. 4). La razón ha pasado a ser medio e instrumento de la ciencia, mas no el fin buscado, el mismo saber se transforma en una mercancía; y este *modus operandi* de la ciencia se ve reflejado en la cultura globalizada de la sociedad contemporánea. Horkheimer y Adorno, lo exponen en los siguientes términos:

“En la reflexión crítica sobre su propia culpa el pensamiento se ve por lo tanto privado no sólo del uso afirmativo de la terminología científica y cotidiana sino también de la oposición. No se presenta más una sola expresión que no procure conspirar con tendencias del pensamiento dominante, y lo que una lengua destruida no hace por cuenta propia es sustituido inevitablemente por los mecanismos sociales. [...] Tornar completamente superfluas las funciones de la censura parece ser -no obstante, toda reforma útil- la ambición del sistema educativo. En su convicción de que, si no se limita estrictamente a la determinación de los hechos y al cálculo de probabilidades, el espíritu cognoscitivo se hallaría demasiado expuesto al charlatanismo y a la superstición, el sistema educativo prepara el árido terreno para que acoja ávidamente supersticiones y charlatanismo” (Horkheimer & Adorno, 1969: 3).

Según Adorno, el acceso casi inmediato a la información masificada trae consigo la estupidización y la mentira usando como bandera la libertad del individuo, es decir, la cultura ya no es vista como un agente humanizador del individuo, por el contrario, ahora la masificación de la cultura ha logrado alienar al ser, utilizando el discurso del progreso. Entonces, la *raison d'être* de la cultura se ha invertido en cosificación y fetichismo, ahora la cultura no es concebida como eje de emancipación sino un eje enajenador. La reproducción ideológica, la mercantilización de la cultura, han llevado a que el sujeto se convierta en “cliente” de la cultura dominante, una cultura basada en la exigencia de felicidad,

de placer, de comodidad y de inmediatez. Pero, irónicamente, la promesa del progreso se ha convertido en un proceso constante de deshumanización, a tal punto que la mercancía más “valiosa” de esta economía, es la cosificación del ser humano. En palabras de Adorno,

“el materialismo promueve la convicción de que el verdadero pecado es el deseo de bienes de consumo que tienen los hombres, y no la ordenación total que les impide llegar a ellos; el pecado es saciedad, no hambre. Si la humanidad fuera ya dueña de la plétora de los bienes, se sacudiría las ataduras de una civilizada barbarie que los críticos culturales imputan al proceso del espíritu en vez de al atraso de las condiciones materiales. Los “valores eternos” a que alude la crítica cultural reflejan la enfermedad perenne.” (Adorno, 1962: 6).

El hambre a la cual se refiere Adorno es la “avidez de novedades”, concepto utilizado por Heidegger, es decir, el sujeto va saltando de producto en producto, de novedad en novedad, de moda en moda, sin realmente ahondar en ningún tópico. Además, esta hambre será perenne y nunca saciada, por ende, la cultura contemporánea se “evapora” tan rápidamente que no da tiempo de analizar el discurso de los otros. Por lo tanto, la libertad que pregona la cultura dominante estriba en reproducir los “valores culturales” mediante los cuales el individuo ya no es en sí-mismo creador de cultura, sino solo un consumidor de la mercantilización de esta, entonces, la mentira misma se convierte en criterio de verdad dando lugar a la estupidización de la cultura, utilizándola para dinamizar una civilización barbárica, según Adorno.

La culturalización ha pasado de humanizar a entretener; el entretenimiento es el sello del orden y el control social, preformando y moldeando a su interés la conciencia colectiva. La “gran industria”, (Adorno llama así a la comercialización de la cultura), ha convertido al ser humano en un sujeto pasivo, en un espectador que disfruta cómodamente la enajenación, siendo él mismo quien pide que se le embrutezca, que se le tranquilice. La proyección del poder ejercido culturalmente ha creado que el

mismo sujeto goce de su falsa conciencia, la distorsión ha llegado a tal punto que lo aparente ha sustituido a la razón y a la objetividad. La apariencia, lo superficial, la imagen es ahora lo legítimo.

La cultura al ser fetichizada afirma Adorno, ha determinado la conciencia colectiva a tal punto que sobrepasa la misma existencia, es decir, el pensamiento, el lenguaje y el *modus operandi* del sujeto contemporáneo lo encadena a considerar que la razón de su existencia es consumir y producir mercancías. Ahora la opulencia y el lujo no son privilegios sino una necesidad mediante la cual el ser humano busca llenar el vacío existencial que le produce la muerte. El entretenimiento, el goce diario e inmediato, la promesa de la felicidad, el disfrutar aquí y ahora, es un reflejo de la desviación y la escisión del sujeto de su vida privada con la vida pública.

La crítica cultural para Adorno no es más que una contradicción en sí misma, ya que las reflexiones a las cuales puede llegar solamente permanecen en la superficie, es decir, la crítica misma es acrítica, dado que las objeciones a las cuales alude no transforman la estructura cultural, mucho menos cambia o modifica los cimientos en los cuales la cultura dominante se ha construido. Toda crítica y, por ende, cualquier reflexión que no produzca un cambio individual o social, carece de razón de ser, de ahí la referencia al fracaso del espíritu de la cultura. Según Adorno:

“... no es la ideología la que es falsa, sino su pretensión de estar de acuerdo con la realidad. Crítica inmanente de formaciones espirituales significa comprensión mediante el análisis de su configuración y de su sentido, de la contradicción existente entre la idea objetiva de la formación cultural y aquella pretensión, y consiste en dar nombre a aquello que expresa la consistencia e inconsistencia de las formaciones espirituales de la constitución y disposición de la existencia. [...] No es capaz por sí mismo de superar las contradicciones de que se ocupa. Incluso la más radical reflexión sobre el propio fracaso tropieza con el límite infranqueable de no ser más que reflexión, sin poder modificar la existencia de que da testimonio del fracaso del espíritu.” (Adorno, 1962,12).

Esta “prostitución” del espíritu que identifica Adorno se constituye en la formación de un mundo vacío, donde la cultura es una prisión al aire libre, en la cual los prisioneros no saben dónde reside la realidad y dónde empiezan las mentiras publicitarias. La cultura se ha neutralizado a tal punto que las personas compran cosas para hacer realidad sus ambiciones, o eso es lo que promueven los medios de comunicación masiva, sin embargo, esa es la base de los negocios de la economía imperante, el deseo, la búsqueda constante de lo nuevo. La cultura cuanto más abarca la totalidad de la sociedad, entre más homogeneizada se encuentre, más cosificado estará el espíritu de la cultura, entonces, la reificación es paradójica, ya que el intento crítico por liberarse de tal cosificación permanece en la absoluta contemplación y no es capaz de enfrentarse a los intereses que la engendraron.

La tendencia de una cultura globalizada y totalizadora hace que no se cuestione todo y no se cuestione nada, porque normalizar un estilo de vida donde la mayoría es igual se apoya en la idea “democrática” en la cual la mayoría toma las decisiones, y dado que la mayoría es “normal”; tal idea ha permeado el ámbito social de una manera tan contundente que mantiene el *statu quo*, en palabras de Adorno: “...lo que mantiene en marcha el mecanismo es la miseria de la vida bajo la constante amenaza de catástrofe, y las víctimas involuntarias con sus gemidos. La precariedad e irracional conservación de la sociedad se falsea así hasta presentarla como un logro de su justicia o “racionalidad” inminente.” (Adorno, 1962: 16).

Lo que Adorno explica es tan sencillo, como agobiante, quien no se adapta a la “normalidad” de la mayoría queda fuera de ella. Esto provoca que los intereses individuales sean los mismos entre los sujetos, empero, no perfilados hacia el bien común sino a la individualización del deseo, esto hace que el humanismo que pregonaba la cultura pierda su profundidad y se dirija a la mera contemplación y a la disposición de la cultura como fetiche. Es decir, las cualidades personales también se han convertido en mercancías, en posesiones mediante las cuales se reafirma la

individualidad del sujeto, sin embargo, las aspiraciones personales, el ansiado éxito ante los demás, no deja de ser una actitud por emular.

Para Theodor Adorno (1962) “No son los oprimidos los que obran la estupidización, sino la opresión la que estupidiza; la estupidez afecta a los oprimidos y a los opresores.” (p. 18), el principio del *laissez faire* (dejar que suceda) bajo el liberalismo, encubre la dominación social en la cual se encuentra la sociedad contemporánea, la piedra angular de esta dominación es el aspecto económico, ante tal situación se abre un abismo que corroe intrínsecamente a la sociedad.

La sociedad irreflexiva se articula “lógicamente” en la irracionalidad, inmutando el orden establecido, donde al parecer las nuevas ideas y perspectivas sociales son inermes ante la voracidad del torbellino social existente. Para Adorno, esta “razón planificadora” es una fuerza de atracción nutrida por el “sentido común”, donde una vez ingresando a esta cultura es imposible la retirada. Esto significa que la clase hegemónica somete al individuo en nombre de la razón, que se organiza y se acrecienta bajo los mecanismos de dominación anteriormente mencionados. Entonces, la influencia de dicha cultura genera en el sujeto una rutina tal, que al parecer su actuar y su pensar es más por inercia que por convicción esto, por consiguiente, es un claro ejemplo que cualquier acción “mecanizada” no es racional.

La tristeza de todo esto, menciona Adorno, es que la producción masiva tanto de cosas como de sujetos estandariza la concepción misma del mundo. Los individuos no solo son consumidores de productos en serie, ellos mismo son un producto que pierde su individualización, “*la trágica mueca de la víctima*” (Adorno, 1962: 60) esto quiere decir que la recompensa final prometida (la felicidad), hace que el sometimiento a la cultura sea “soportable” e incluso necesario, así, se asegura el orden y el control social. La idea imperativa del ser feliz ha sobrepasado incluso el valor de la vida humana, es decir, al parecer el sujeto está dispuesto a

“sacrificar” su vida en orden de la satisfacción ilusoria y efímera de la felicidad, a toda costa se busca un “hedonismo de la inmediatez”. Pero, esa felicidad que se promueve consiste en la satisfacción de necesidades falsas, sin embargo, para el sujeto “feliz” es absurda la queja o la rebelión hacia el estilo de vida que le satisface.

Según Adorno (1962):

El truco formal consiste en hablar del futuro como si fuera pasado da así al contenido una repugnante claridad de acuerdo. [...] El patético concepto del hombre eterno resulta en realidad ser lo mismo que el concepto – indigno del hombre – de la normalidad de ayer, hoy y mañana. [...] lo que tiene que considerar es la cuestión de si la sociedad va a determinarse por fin a sí misma o si va a provocar la catástrofe telúrica (p. 75).

Adorno afirma que el producto final hegemónico radica en la concepción inmutable de la realidad, haciendo que la crítica y la reflexión de la sociedad llegue a un callejón sin salida, es decir, el “triumfo final” del poder cultural establecido reside en el pesimismo planificador del mañana, porque mañana “todo seguirá igual”. Entonces, el anhelo de la transformación, tanto del ser humano como de la sociedad, se reduce a una mera sátira, a una ficción superada por la realidad, idealizando así a la utopía, pero como caricatura.

“Así como el iluminismo expresa el movimiento real de la sociedad burguesa en general bajo la especie de sus ideas, encarnadas en personas e instituciones, del mismo modo la verdad no es sólo la conciencia racional sino también su configuración en la realidad. El miedo característico del auténtico hijo de la civilización moderna de alejarse de los hechos, que, por lo demás, desde que son percibidos se hallan ya esquemáticamente preformados por las costumbres dominantes en la ciencia, en los negocios y en la política, es idéntico al miedo respecto a la desviación social.” (Horkheimer & Adorno, 1969: 5).

Finalmente, las formas de pensar dominantes amordazan el libre pensar, amoldando y acondicionando la razón a sus intereses y beneficios. Al parecer es inseparable que el progreso de unos es la inexorable desgracia del resto. El “progreso social” que se pregona es la condena que engendra las más profundas y las más marcadas contradicciones en el devenir social humano. El individuo se ve reducido a cero frente a la estructura social dominante, sin embargo, aquella no puede funcionar sin este, por lo que en tanto más consume y produce el individuo más pierde su individualidad, esto quiere decir que el individuo contemporáneo materialmente hablando, posee un patrimonio suficiente, empero, socialmente es insignificante. El consumo, el entretenimiento y la inmediatez corrompen y estupidizan tanto al saber, como a la cultura, por lo tanto, el “progreso social” que oferta la fetichización de la cultura y la reificación del ser humano, se convierte en retroceso e involución social. ▼

Bibliografía

Adorno, Theodor (1962). *Prismas: La crítica de la cultura y la sociedad*. Barcelona: Ediciones Ariel.

Cuesta, Micaela (2016). Filosofía y Sociología de Theodor W. Adorno. *Sociológica (México)*, 31(88), pp. 271-275. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732016000200271&lng=es&tlng=es.

Horkheimer, Max y Theodor Adorno (1969). *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires: Editorial Sur.